

LA LIEBRE Y SUS OJOS

1º-3º

1. ¡Des - pier - ta, des - pier - ta, tú, lie - bre,
pie - za a pin - tar los hue - vi - tos!
que - re que to - dos lo se - pan:

aún cuan - do tus o - jos no cie - rres
¡Te es - tán es - pe - ran - do los Ni - ños,
que e - lla es la lie - bre que lle - ga

y pon - te a bus - car por la Tie - rra
pues sa - ben que so - lo con - ti - go
del cie - lo, de ra - yos de so - les

1.2. los tin - tes bri - llan - tes que en - cie - rra!
ten - drán en la Pas - cua un a - mi - go
de don - de se crean los co -

2. ¡Em -
3. que lo - res!

<https://ideaswaldorf.com/desperta-liebre-cita/>

Había una vez una liebre que vivía en el límite del bosque y el prado. Nadie sabía su edad, ni siquiera ella, pero todos los animales del lugar conocían su mirada: dos ojos grandes, redondos, que nunca se cerraban.

—Mamá, ¿por qué esa liebre no pestañea? —preguntó un día un conejito recién nacido.

—No es que no pestañee —respondió su madre—. Es que ella vigila.

—¿Y qué vigila?

—Los huevos de Pascua.

El conejito abrió mucho los ojos. Todos en el bosque sabían que los huevos de Pascua eran cosas muy especiales. No eran huevos de gallina ni de pájaro. Eran huevos que llegaban solos cuando la primavera se acercaba, rodando desde algún lugar secreto que solo las liebres conocían. Aparecían en los nidos, debajo de los helechos, entre las raíces de los robles. Y había que cuidarlos, porque si un huevo de Pascua se rompía antes de tiempo, la primavera tardaba un día más en llegar.

—¿Y por eso la liebre no cierra los ojos? —preguntó el conejito.

—Así es —dijo su madre—. *Ella vigila los huevos para que ningún mal sueño los alcance.*

El conejito se quedó mirando a la liebre desde el borde de su madriguera. La liebre estaba sentada sobre una piedra cubierta de liquen, con las orejas erguidas y los ojos fijos en el horizonte. A sus pies, escondidos entre el musgo, había tres huevos pequeños: uno blanco como la espuma del arroyo, uno rosa como la flor del cerezo y uno azul como el cielo cuando se despeja después de la lluvia.

Aquel año, el invierno llegó antes de tiempo. Un viento frío bajó de las montañas y se llevó las últimas hojas de los robles. Los animales del bosque se apresuraron a recoger provisiones, a tapar sus madrigueras, a buscar refugio. Pero algo extraño comenzó a suceder.

Los pájaros soñaban que perdían sus alas y despertaban sin fuerzas para volar.

Los ratones soñaban que el granero se vaciaba y despertaban con el estómago encogido.

Las ardillas soñaban que olvidaban dónde habían escondido sus bellotas y despertaban con las patas temblorosas.

Y lo peor de todo: los huevos de Pascua comenzaron a desaparecer.

Un día amaneció y el huevo blanco había perdido su color, como si alguien le hubiera robado la luz.

Otro día amaneció y el huevo rosa estaba cuarteado, con una grieta que dejaba escapar un suspiro de primavera.

Al tercer día, el huevo azul temblaba dentro del nido como si tuviera miedo.

—¿Qué está pasando? —preguntaron los animales en la reunión del claro.

—*Un mal sueño se ha colado en el bosque* —dijo el viejo ciervo—. *Un sueño gris, pegajoso como la niebla, que se mete en las madrigueras mientras los animales duermen. Y ahora está alcanzando los huevos de Pascua.*

Todos callaron. Todos, menos el conejito pequeño.

—*Ella puede ayudarnos* —dijo el conejito, señalando hacia el límite del bosque—. *La que nunca cierra los ojos.*

Y así fue como la liebre de la mirada siempre abierta fue llamada al corazón del bosque.

—*Cuéntame* —le dijo el ciervo—. *Tú que nunca duermes, ¿qué ves cuando los demás sueñan?*

La liebre se sentó en el centro del claro. Traía consigo los tres huevos, que ahora habían perdido casi todo su brillo. Los puso con cuidado sobre una piedra plana, y todos los animales se acercaron en silencio.

—*Cuando ustedes duermen* —dijo la liebre con voz suave—, *yo vigilo los huevos. Los sueños malos vienen del lugar donde termina el día y empieza la noche. La mayoría de las veces yo los detengo antes de que lleguen. Pero este invierno ha llegado tan rápido que uno se me ha escapado.*

—¿Y cómo se detiene? —preguntó la ardilla, con las patas aún temblorosas.

La liebre sonrió. Tenía una sonrisa pequeña, apenas un movimiento en los labios.

—Los sueños malos se cuelan cuando los ojos están cerrados. Pero si hay un solo ojo abierto, ellos no se atreven a entrar. Y si hay muchos ojos abiertos, los sueños malos huyen para siempre.

Los animales se miraron entre sí.

—Nosotros cerramos los ojos para dormir —dijo el zorro—. No podemos hacer otra cosa.

—Esta noche no dormirán —dijo la liebre—. Esta noche todos velaremos juntos los huevos de Pascua.

Y entonces hizo algo que nadie esperaba. La liebre tomó los tres huevos —el blanco, el rosa y el azul— y los colocó en el centro del claro. Luego se sentó junto a ellos, con sus ojos redondos brillando con una luz tenue, como dos velas pequeñas encendidas en la noche.

—Rodéenlos —dijo—. Mantengan los ojos abiertos. Miren los huevos. Piensen en la primavera. Piensen en las flores que están esperando para salir. Piensen en los niños que están esperando para encontrar los huevos el día de Pascua.

Los animales, uno tras otro, se acercaron y formaron un círculo alrededor de los huevos. Las ardillas abrieron sus ojos redondos. Los ratones abrieron sus ojitos negros. Los pájaros abrieron sus pupilas diminutas. El zorro abrió sus ojos de ámbar. El ciervo abrió sus grandes ojos de agua quieta. Y el conejito pequeño abrió los suyos, tan grandes como dos lunas, y no parpadeó ni una sola vez.

Toda la noche estuvieron así, en silencio, mirando los huevos. La luna pasó sobre sus cabezas. Las estrellas hicieron su recorrido lento. El viento frío sopló, pero no pudo romper el círculo.

Y mientras velaban, algo maravilloso comenzó a suceder.

Los huevos empezaron a recuperar su color. El blanco volvió a brillar como la espuma del arroyo. El rosa se encendió como la flor del cerezo. El azul se hizo profundo como el cielo después de la lluvia. Y entonces, uno por uno, los tres huevos comenzaron a temblar con una luz cálida, y de su interior salió un sonido suave, como el rumor de la tierra cuando despierta después del invierno.

Cuando llegó la mañana, el sol encontró a todos los animales con los ojos abiertos, rodeando los huevos de Pascua que ahora brillaban más que nunca. Y en lo alto del cielo, el sol parecía más grande, y el aire olía a tierra mojada, y en las ramas de los árboles asomaban los primeros brotes verdes.

La primavera había llegado.

—¿Puedo cerrar los ojos ahora? —preguntó el conejito pequeño, con los párpados cansados.

La liebre lo miró con sus ojos redondos, aquellos que nunca se cerraban, y dijo:

—Ahora sí. Yo seguiré vigilando sola a partir de hoy.

El conejito cerró los ojos por fin, y soñó con huevos de colores rodando por los prados, con niños que reían al encontrarlos, con flores que se abrían una a una bajo el sol. Y mientras soñaba, la liebre tomó los tres huevos —el blanco, el rosa y el azul— y los llevó a lo alto de la colina, donde el viento los recogería y los esparciría por todos los rincones del bosque, para que los niños los encontraran el día de Pascua.

Desde entonces, en aquel bosque, todos saben que la liebre de los ojos abiertos sigue en su lugar, en el límite entre el prado y el bosque. Y cada año, cuando los huevos de Pascua comienzan a aparecer, ella los vigila noche tras noche con sus ojos redondos que nunca se cierran, para que ningún mal sueño los alcance antes de tiempo.

Si alguna vez, en la víspera de Pascua, sientes que alguien te mira desde el bosque, piensa en ella. Piensa en sus ojos que nunca se cierran, velando los huevos de colores para que tú los encuentres al despertar. Y cuando la mañana llegue y salgas a buscar, sabrás que ella estuvo allí, despierta toda la noche, solo para que tu primavera fuera hermosa.

Traducción de *IdeasWaldorf*